

<http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s25251635/c7skljuh6>


TRABAJADORES OTOMÍES DE LA SIERRA NORTE DE PUEBLA, MÉXICO, EN LA AGROINDUSTRIA DEL NUEVO *NEW SOUTH* ESTADOUNIDENSE

Otomi workers from the Sierra Norte de Puebla, Mexico, in the agribusiness of the U.S. New New South

María Eugenia D'Aubeterre

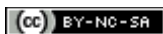
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla,
Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, México
eugeniadaubeterre@gmail.com

María Leticia Rivermar Pérez

 <https://orcid.org/0000-0002-5154-0731>
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México
lrivermar@gmail.com

RECIBIDO: 10.04.21 ACEPTADO: 26.05.21

Resumen: Estudiamos un flujo migratorio emergente a finales de los años setenta en San Pablito Pahuatlán, localidad otomí del municipio de Pahuatlán, en la Sierra Norte de Puebla. Es nuestro interés develar la oscilante relación con el capital de poblaciones excedentes del centro de México, inscritas en nuevas formas de dominación sobre el trabajo. El valle de Texas fue la antesala de una ruta que condujo a la inserción de trabajadores otomíes indocumentados en la agroindustria de una reconvertida región rebautizada como Nuevo *New South*. Desentrañamos cómo se filtran fuerzas estructurales en la vida diaria de estos trabajadores, tanto en los lugares de la producción y del cruce fronterizo como en los circuitos de reproducción de la mercancía fuerza de trabajo en el lugar de origen. En distintas fases de una investigación de largo aliento iniciada en 2007, hicimos trabajo de campo en la



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Los autores conservan sus derechos

cabecera municipal y en localidades otomíes y nahuas. En ese año aplicamos un cuestionario a estudiantes de tercer grado de las Telesecundarias y los Bachilleratos de la cabecera municipal, San Pablito Pahuatlán, Atla y Xolotla. En 2010, mediante la aplicación de una versión modificada de la encuesta del *Mexican Migration Project* en la cabecera del municipio, generamos información cuantitativa que nutrió una base de datos. En 2013 y 2014 realizamos estancias cortas en los condados de Durham y Orange, Carolina del Norte. En ambos lados de la frontera entrevistamos a hombres y mujeres de diversas cohortes generacionales, a migrantes retornados y activos, así como a no migrantes.

Palabras clave: Puebla, México; Nuevo *New South*, Estados Unidos; migrantes indígenas indocumentados; reestructuración neoliberal; producción y reproducción social

Abstract: In this paper, we study an emerging migratory flow at the end of the 1970s in San Pablito Pahuatlán, an Otomí locality in the municipality of Pahuatlán, in the Sierra Norte of Puebla. We are interested in revealing the oscillating relationship between the surplus populations of central Mexico and capital, inscribed in new forms of domination over labor. The Texas Valley was the anteroom of a route that led to the insertion of undocumented Otomí workers in the agribusiness of a reconverted region renamed *Nuevo New South*. We unravel how structural forces filter into the daily lives of these workers both at the sites of production and border crossing, as well as in the circuits of reproduction of the labor force commodity at the place of origin. In different phases of a long-term investigation that began in 2007, we conducted fieldwork in the municipal capital and in Otomí and Nahua localities. In that year, we applied a questionnaire to third grade students of the middle schools and high schools (*Telesecundarias* and *Bachilleratos*) of the municipal seat, San Pablito Pahuatlán, Atla and Xolotla. In 2010, by applying a modified version of the Mexican Migration Project survey in the municipal seat of Pahuatlán, we generated quantitative information that nourished one database. In 2013 and 2014, we conducted short stays in Durham and Orange Counties in North Carolina. On both sides of the border, we interviewed men and women from diverse generational cohorts, returned and active migrants, as well as non-migrants.

Key Words: Puebla, Mexico; Nuevo *New South*, USA; Undocumented indigenous migrants; Neoliberal restructuring; Production and social reproduction.

Al Doctor Luis Vázquez León

In Memoriam

[...] *Sweetness and Power* is not really about food –it is about the rise of capitalism. Sugar (sucrose) was simply an illustrative instance of that process, a long thread in the social and economic fabric of Western history– and the histories of peoples then buried by western historiography. (Mintz, 2017: 128).

INTRODUCCIÓN

En México la movilidad de las poblaciones indígenas —rutas cíclicas e intercambios regionales, peregrinaciones y desplazamientos estacionales a centros urbanos y campos agrícolas en búsqueda de oportunidades laborales— es parte de añejas prácticas mediante las cuales resultan conectados territorios distantes. La migración indígena a Estados Unidos tampoco es un fenómeno reciente; lo novedoso fue su masificación en el contexto del acelerado aumento de la migración mexicana a ese país desde el último tercio del pasado siglo, en el trasfondo de la “nacionalización” de la migración mexicana en Estados Unidos (Hirschman y Massey, 2008). El término refiere la presencia de inmigrantes procedentes de México no solo en las tradicionales regiones de destino y grandes urbes de ambas costas estadounidenses, sino también en pequeños pueblos y entornos rurales reconvertidos bajo los efectos de la reestructuración económica, la descentralización de la producción y la reorganización del trabajo que desencadenó la competencia global y el descenso de las tasas de ganancia.

El capital estadounidense trató de contrarrestar esta tendencia desplazándose a otros territorios, no solo más allá de las fronteras nacionales sino también hacia zonas donde se ofrecían facilidades para la inversión y exenciones fiscales y donde se pudieran desregular más

fácilmente las relaciones laborales habida cuenta la escasa o nula tradición sindical en esos lugares. En este tránsito del fordismo al modo de acumulación flexible (Harvey, 1989) se rehicieron las clases trabajadoras; a esta ola migratoria expansiva de los años ochenta subyace esta transición.

En el rebautizado Nuevo *New South*¹ (Popke, 2011; Griffith, 2008; Mohl, 2003) la industria alimentaria y la de la construcción son nichos emblemáticos de ese proceso de reestructuración económica, sectores en los que se insertaron trabajadores migrantes otomíes² de la Sierra Norte del Estado de Puebla, en el centro de México. En el arranque de este flujo migratorio a finales de los años setenta y hasta inicios de los noventa, ranchos lecheros y granjas avícolas del estado de Texas, ruta de entrada al Nuevo *New South*, absorbieron esta fuerza de trabajo. Ya desde entonces, estos trabajadores circulaban durante las temporadas de cosecha entre Texas, Florida, Virginia y Carolina del Norte. Una segunda cohorte hizo de este último estado un lugar privilegiado de destino e, incluso, lugar de asentamiento más permanente debido al endurecimiento del régimen migratorio y la

¹ El término alude a una región en la que se rearticulaban añejas formaciones sociales y laborales biracializadas en comunidades vulnerables seguras para la inversión a bajo costo, características del *Old South*, que se pusieron al servicio de la reestructuración neoliberal. La flexibilización de la fuerza de trabajo es la otra cara de la “latinización” de esta vasta región, término acuñado por Mohl (2003) que refiere la masiva presencia de migrantes procedentes de México, Centroamérica o que ya residían en otros estados de la unión americana, que suplieron la demanda de trabajo barato captado mediante diversas formas de reclutamiento formales e informales, de ahí el apelativo de “Nuevo” en español. Los estados que integran esta región, ordenados según el crecimiento de la población “latina” entre 1990-2000, son: Carolina del Norte, Arkansas, Georgia, Tennessee, Carolina del Sur, Alabama, Kentucky, Mississippi, Virginia, Florida, Texas y Louisiana (Popke, 2011; Mohl, 2003).

² Los otomíes son uno de los 20 grupos indígenas de México con mayor población. Hablantes de la lengua hñahñu, habitan en cinco estados del centro de México: Guanajuato, Querétaro, Hidalgo, Estado de México y Puebla. En la parte más meridional del sur de la Huasteca, en la Sierra Norte de Puebla, se encuentran en las localidades de Chila Honey, Zacapehuaya, San Pablito Pahuatlán y Xochimilco (Galnier, 1987; Dow, 1974). Debido a la migración de estas poblaciones en las últimas décadas están dispersos en centros urbanos y turísticos del país y, además, en diversos destinos de la unión americana.

criminalización de los trabajadores migrantes ilegalizados. Estos trabajadores hacen parte de amplios segmentos de las poblaciones que resultaron excedentes en el México rural neoliberalizado de los ochenta.

¿Qué condiciones primordiales previas posibilitaron este flujo y la explotación de esta fuerza de trabajo en la agroindustria del Nuevo *New South*? ¿Cómo se configuraron esas poblaciones relativamente superfluas en sus lugares de origen, pero codiciadas por el capital en otras latitudes? Y, más particularmente ¿cómo contribuyeron poblaciones otomíes de la Sierra Norte del Estado de Puebla al apuntalamiento de la agroindustria del Nuevo *New South* en la coyuntura de los años ochenta? ¿Cómo se articulan producción y reproducción social en el moldeamiento de ese trabajador hipermóvil e ilegalizado incorporado a esos flujos emergentes? Estas preguntas organizan las distintas secciones de este trabajo. Focalizamos el análisis en las experiencias de clase de trabajadores migrantes otomíes originarios de San Pablito Pahuatlán, localidad del municipio de Pahuatlán³ del estado de Puebla, que hace parte de una zona de añeja vocación agrícola desarticulada en el contexto de la desregulación del México rural.

METODOLOGÍA.

Retomamos de Bourgois y Schonberg (2009: 318) el interés de analizar procesos de largo término a través de una perspectiva etnográfica que permita desentrañar la operación de fuerzas estructurales al nivel de la vida diaria de las personas, ese micronivel de los deseos y fanta-

³ El municipio de Pahuatlán se ubica en el noroeste de la Sierra Norte de Puebla, a una altitud promedio de 1,600 metros a nivel del mar; 6,566 personas viven en 31 localidades dispersas en asentamientos y rancherías de esta escarpada serranía. La mayoría de la población se concentra en cuatro localidades: la cabecera municipal, Pahuatlán de Valle, donde residen 3,523 personas, mayoritariamente mestizos. En San Pablito Pahuatlán, viven 3,178 otomíes (hñahñus). Xolotla y Atla, localidades nahuas, tienen 2,700 y 2,172 habitantes, respectivamente. (Secretaría de Desarrollo Social, 2019). Esta microrregión se conecta con la Ciudad de México -distante a 134 km- mediante vías secundarias que se articulan con la autopista México-Tuxpan. Hasta mediados del siglo pasado la transportación de bienes agrícolas hacia los centros urbanos se realizaba por caminos de terracería y un ramal del ferrocarril tendido a fines del siglo XIX.

sías a veces alcanzados al migrar, muchas veces frustrados. Asimismo, con Gavin Smith (1999: 9) concebimos que nuestra tarea como etnógrafas implica interpretar la autocomprensión de los sujetos como un componente fundamental de una configuración histórica particular. La perspectiva del “realismo histórico” adoptada por Smith (1999) subraya la importancia de considerar prácticas y relaciones sociales integrantes de la configuración histórica analizada. En tal sentido, nos ha interesado dar cuenta no sólo de las experiencias de los jornaleros agrícolas en el sureste estadounidense aquí analizadas, sino también de quienes, aunque permanecieron en la Sierra, conservan en su memoria las transformaciones que desencadenó la migración a Estados Unidos en sus entornos de vida.

Durante más de una década, en distintas fases de una investigación de largo aliento que iniciamos en 2007, el sitio fundamental de observación fue la cabecera del municipio de Pahuatlán. Pero también hicimos trabajo de campo en localidades nahuas y otomíes y en los condados de Durham y Orange en Carolina del Norte en 2013 y 2014. En 2007 aplicamos, tanto en la cabecera municipal como en San Pablito, Atla y Xolotla, 344 cuestionarios a estudiantes de tercer grado de las Telesecundarias y los Bachilleratos. Entrevistamos en ambos lados de la frontera a hombres y mujeres: estudiantes, profesores, migrantes activos o retornados, jefes de familia, autoridades y funcionarios locales y propietarios de negocios. Además, mediante la aplicación en 2010 en la cabecera municipal de una versión modificada del protocolo diseñado por Douglas Massey y Jorge Durand para el *Mexican Migration Project*,⁴ generamos información cuantitativa que nutrió una base de datos (D’Aubeterre *et al.*, 2020).⁵

⁴ El *Mexican Migration Project* (MMP) fue creado en 1982 por un grupo interdisciplinario de investigadores encabezados por Douglas Massey y Jorge Durand con el propósito de estudiar la centenaria migración mexicana a Estados Unidos. Esta pormenorizada etno-encuesta ha generado una muy importante base de datos desde su primera aplicación hasta la fecha.

⁵ Los fondos proporcionados por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología entre 2010 y 2014 (Proyecto CDB-22008-01-00102222) y en diversos años por la Vicerrectoría de Investigación y Estudios de Posgrado de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla fueron fundamentales para la realización de nuestra investigación. En 2007, a solicitud del doctor Emilio Parrado, entonces profesor del De-

RESTRUCTURACIÓN NEOLIBERAL DEL CAMPO MEXICANO Y MIGRACIÓN A ESTADOS UNIDOS.

A comienzos del presente siglo, Escárcega y Varese (2004: 15) se referían a un proceso de “indianización” de la fuerza laboral indocumentada en Estados Unidos procedente de México, concebido como parte de una histórica cadena de trabajadores migrantes, de minorías étnicas o nacionales que se han alternado en los campos agrícolas, la construcción y el trabajo doméstico desde finales del siglo XIX en el vecino país del norte. Durante décadas, en la costa oeste de la unión americana, destino privilegiado de la migración mexicana, indígenas procedentes del estado de Oaxaca y del occidente del país ocuparon los ciclos de reposición de una fuerza laboral barata, alimentando la demanda de la boyante economía californiana. La migración de indígenas mexicanos hacia esa pujante región ha sido ampliamente documentada (París, 2014; Velasco, 2014; Sánchez, 2008; Stephen, 2007; Escárcega y Varese, 2004; Fox y Rivera; 2004; Kearney, 2000; Besserer, 1999).

Aunque los flujos migratorios comparativamente tardíos que estudiamos en la Sierra Norte del Estado de Puebla constituyen un punto de inflexión en el ciclo centenario de las migraciones de mexicanos a Estados Unidos, por sus características particulares pueden ser pensados como expresión de nuevas formas de dominación sobre el trabajo bajo el giro del fordismo hacia el modo de acumulación flexible (Harvey, 1989). La desregulación económica, la privatización y el desmantelamiento del bienestar son sus sellos distintivos. En México estas tendencias se expresaron desde 1986 con la firma del GATT, acuerdo comercial decisivo en la reorientación de la economía mexicana hacia el exterior que desencadenó letales efectos tanto en la industria como en la agricultura (Harvey, 2003).

partamento de Sociología de la Universidad de Duke, aplicamos entrevistas en profundidad en el municipio de estudio, material etnográfico de gran utilidad para el análisis de la migración de los pahuatecos a Carolina del Norte.

La reestructuración económica neoliberal del campo⁶ alcanzó su punto máximo con la adhesión de México al Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1992, desencadenando la apertura de la importación de bienes agrícolas y no agrícolas y, con ello, la pérdida de soberanía alimentaria (Rubio, 2014; Otero, 2011). Ante la desarticulación de la agricultura campesina y de la destrucción de las condiciones de reproducción social de amplios segmentos de esta población, los hogares rurales respondieron diversificando sus actividades económicas y enviando a alguno de sus miembros, usualmente los más jóvenes y más aptos, a enclaves agrícolas en diversas áreas de México (Zlznisky, 2016; Vázquez, 2010; Sánchez, 2008; Lara y Carton de Grammont, 2003). Al mismo tiempo, se especializaron en el provisionamiento de trabajo barato a tradicionales destinos migratorios en Estados Unidos y a zonas reconvertidas económicamente del sureste de aquel país (Hirschman y Massey, 2008). Binford (2003) caracterizó a estos flujos masivos y comparativamente tardíos de esos años como acelerados.

Poblaciones que habían fluctuado entre la agricultura de subsistencia o especializadas en cultivos de alto valor comercial orientados a mercados nacionales e internacionales -como es el caso del café y el azúcar-, en la producción artesanal y el trabajo asalariado se incorporaron a cadenas globales de trabajo allende las fronteras nacionales. Este nuevo proletariado global, marcado por la precariedad y desprovisto de interlocución política con el Estado, habida cuenta de su ilegalización y deportabilidad (Heyman, 1995), se forjó en el marco de las tendencias desreguladoras de la avanzada neoliberal en uno y otro

⁶ Ajustado a la receta neoliberal de reducir el gasto social, el gobierno mexicano rediseñó el sistema de crédito rural con el fin de disminuir los fondos gubernamentales orientados al campo. En esta tónica, se otorgaron créditos de manera diferenciada a los productores bajo el criterio de sus potenciales rendimientos. Así, se clasificó a 1.1 millones de productores de subsistencia como no sujetos de crédito, asignándoles minúsculos subsidios a través del Programa de Solidaridad Nacional (Pronasol) (Myhre, 1998). La reestructuración de Banrural se dio junto con el desmantelamiento del Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), Tabacos Mexicanos (TABAMEX), Azúcar S.A., Conasupo, entre otras empresas paraestatales encargadas de canalizar subsidios a los pequeños y medianos productores y de la promoción y comercialización de sus cultivos (Calderón y Ramírez, 2002).

país (Harvey, 2003; Popke, 2011). En México, proveedor fundamental de esta fuerza de trabajo, la formación de este sujeto fue de la mano con la destrucción de tradiciones laborales y de sedimentados vínculos de dependencia con el Estado, pero aprovechó un añejo *habitus* migratorio de poblaciones moldeadas a lo largo de generaciones por la idea de que tarde o temprano tienen que salir a buscar la vida. Vía la incrementada provisión de fuerza de trabajo a la agroindustria del Nuevo *New South* desde los años ochenta, proveniente en particular del centro y sur de México (Rus y Rus, 2014; Griffith, 2008; Messtries, 2006; Mohl, 2003) emergieron nuevas conexiones entre territorios distantes y desiguales en el marco de una nueva fase del ciclo centenario de la migración mexicana a Estados Unidos.

LA CONEXIÓN SAN PABLITO PAHUATLÁN-NUEVO *NEW SOUTH*

A diferencia de otras regiones del estado de Puebla que han abastecido a la economía estadounidense con fuerza de trabajo de manera ininterrumpida desde los años del Programa Bracero -1942-1964-⁷ (Macías y Herrera, 1997; Smith, 2006; Rivera, 2012), la migración en la parte noroccidental de la Sierra Norte de Puebla emergió con bríos en los años ochenta y se masificó en los noventa. Las redes étnicas y vecinales preexistentes entre localidades otomíes de Puebla y del estado de Hidalgo facilitaron los desplazamientos en este corredor migratorio hacia Estados Unidos. Inicialmente, los oriundos de San Pablito se desplazaron al estado de Texas y, progresivamente, el flujo se irradió hacia el Nuevo *New South*. La mayoría no logró regularizar su situación migratoria a través de la *Immigration Reform and Control Act* (IRCA) de 1986 debido a que circulaban entre uno y otro país de acuerdo a la estacionalidad de la demanda de fuerza de trabajo en la

⁷ El Programa Bracero, establecido en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, fue uno de los convenios más importantes mediante el cual México abasteció fuerza de trabajo temporal a la agricultura estadounidense en momentos de escasez de trabajadores locales. Mediante este programa se movilizaron alrededor de cinco millones de trabajadores mexicanos (Durand y Massey, 2003). Para una historia de la emergencia de los programas de “trabajadores huéspedes” que moldean jurídica y políticamente a estos trabajadores ambiguos, véase Hahamovich (2011).

agroindustria de la región.⁸ A su regreso, durante sus estancias en el pueblo retomaban el trabajo en la parcela y la producción artesanal de papel amate,⁹ primordial fuente de ingresos de los hogares de San Pablito desde los años sesenta (D'Aubeterre y Rivermar, 2014).

Mariano Santos (QEPD), originario del lugar, de profesión médico y ex presidente municipal, entrevistado en 2008 en San Pablito, entonces de 44 años de edad, aludió a las redes étnicas y comunitarias, claves para el reclutamiento de fuerza de trabajo otomí que integró la primera generación de migrantes a Estados Unidos. Su testimonio ilustra, además, la circularidad y temporalidad que dominó este flujo en sus inicios.

Los que conquistaron el sueño americano son mis contemporáneos. Íbamos a jugar básquet bol a la comunidad de Santa Mónica y de San Nicolás, Hidalgo. Ellos viajaban mucho a los Estados Unidos. Entonces, por la amistad que se empezó a crear a través del deporte, los invitaron y fueron los primeritos de San Pablito en irse, inclusive ellos ya viven allá. Se llevaron mucha gente, tanto de la comunidad como de otras comunidades o de la misma cabecera municipal (Mariano Santos, San Pablito Pahuatlán, abril de 2008).

Tras esta dinámica migratoria identificamos la configuración de un proletariado posfordista, caracterizado por su inestabilidad y desorganización, que no se deja atrapar en estrechas acepciones de esta noción y que modela múltiples formas de desposesión (Kalb, 2015). Pa-

⁸ A través de la *Immigration Reform and Control Act* (IRCA), decretada por el congreso estadounidense en 1986, 2.7 millones de personas regularizaron su estatus migratorio, 70 % de ellos fueron mexicanos. Requisito fundamental para acogerse a la IRCA era haber residido en Estados Unidos cinco años consecutivos antes de la emisión de la reforma. La IRCA favoreció el abasto de fuerza de trabajo migrante en la manufactura y los servicios. Por ello, la demanda del aún robusto sector agrícola intentó satisfacerse a través del *Special Agricultural Workers* (SAW), el *Replenishment Agricultural Workers* (RAW) y las visas temporales H2A. No obstante, esta demanda fue satisfecha mayormente con las visas H2A y, sobre todo, con migrantes indocumentados dispuestos a reiniciar la tradición del trabajo agrícola de bajo costo. (Durand y Massey, 2003). Al facilitar la movilidad, la IRCA fue uno de los factores clave para la relocalización de fuerza de trabajo en el Nuevo *New South* (Cravey, 2003).

⁹ El término proviene de la voz náhuatl *amall* (árbol), designa al papel elaborado con una fibra vegetal obtenida de árboles endémicos de la región huasteca.

rafraseando a Roseberry (1991: 173), sostenemos que dentro de un sector vagamente definido como “campesinado” por su origen y/o por su actividad económica primordial, en la región de estudio se oculta una “comunidad proletaria”, sin que el término “proletario” “esté cargado de valor o de finalismo historicista” (Vázquez, 2010: 93). Históricamente, los otomíes de Pahuatlán se han integrado a la configuración económica y política de una zona de confluencia inter étnica como mano de obra barata, racializada y marcada por la subalternidad en su relación con los mestizos.

Hasta los años sesenta del pasado siglo, durante el auge cañero y de la producción de piloncillo¹⁰ en la región, los sanpablitos eran reclutados para el corte de la caña y como peones de los trapiches donde se procesaba el endulzante derivado de la gramínea. En otras temporadas se ocupaban en las huertas cafetaleras del municipio o en las grandes fincas, los cañaverales y campos de maizales de la planicie, en particular del cercano municipio de Xicotepec de Juárez, donde eran trasladados por enganchadores que reclutaban también mestizos y nahuas de Pahuatlán. Además, fungían como cargadores en mercados y, al igual que miles de indígenas de México, han abonado históricamente a la acumulación en la industria de la construcción en su calidad de trabajadores baratos y desechables en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (Bueno, 1994). Las mujeres otomíes, a lo largo de varias generaciones, han acumulado experiencia como trabajadoras domésticas y comerciantes informales en esa gran urbe.

Los más jóvenes hicieron parte de ese “nuevo proletariado” (Kalb, 2015; Carrier, 2015) distinguido por su flexibilidad y precariedad, moldeado individual y colectivamente desde fines de los años setenta en las granjas avícolas y los ranchos lecheros en Texas, la fruticultura de Florida y los campos tabacaleros de Virginia y Carolina del Norte. Integraron estos flujos hombres que hoy tienen más de 50 años de edad, en su mayoría con la educación primaria trunca, recién casados

¹⁰ El piloncillo, también conocido como panela o papelón fue una de las más importantes mercancías indígenas desde el siglo XVI cuando la gramínea fue introducida por los españoles en la región (Ruvalcaba Mercado, 1996). El jugo de la caña cristalizado tiene diversos usos: como endulzante de café y alimentos y en la fabricación de bebidas alcohólicas y dulces.

y con hijos preescolares. Comparten recuerdos del trabajo bajo la dirección de sus padres en la parcela familiar, orientada al cultivo de maíz y chile para la autosubsistencia y cacahuete, garbanzo y frutas para el mercado local. Aprendieron de sus madres los secretos de la elaboración de papel amate. Raymundo Mendoza, que contaba con 44 años de edad cuando fue entrevistado en 2007, evoca una niñez que transcurría entre el trabajo en el campo y la artesanía:

Mi papá me despertaba a las cinco de la mañana y me mandaba a cambiar de lugar a sus animales para que coman nuevamente. Cuando regresaba, mi mamá ya tenía listo el café. Eso era el desayuno de nosotros, café y pan. Cuando salía de la escuela, a las dos, tres de la tarde ya estaba listo mi jefe, tenía listo las mulas para ir a ordeñar. Así todos los días. A veces perdía yo un día, dos días de la escuela. Mi papá me decía, “¿sabes qué? no quiere trabajar la gente” o “no tengo dinero para buscar peones”, “dame un día para que me vayas a ayudar.” Para limpiar cafetal, cacahuates, frijoles y maíz. Mi mamá, cuando no nos llevaba a leñar, nos ponía una tabla para hacer papel amate, “hagan cuatro hojas y después se van a la escuela”. A veces nos daba dinero y a veces no nos daba nada. (Raymundo Mendoza, San Pablito Pahuatlán, julio de 2007).

Esta disciplina encarnada en sus cuerpos durante la niñez fue un insumo aprovechado por los empleadores en granjas avícolas y ranchos lecheros texanos. En las granjas las jornadas laborales eran más cortas que en los ranchos, donde trabajaban de 12 de la noche a 6 de la mañana. A inicios de los años noventa, el salario semanal en los ranchos promediaba los 130 dólares pagados en efectivo, un ingreso bajo pero apetecido por ser mayor del que recibían en las granjas. Esta modalidad de pago expresa la total informalidad que definía estas relaciones laborales.

La inmediatez del día a día distingue la experiencia de los trabajadores otomíes, siempre en búsqueda de ventajas pírricas que redundaran en la reducción de sus costos de reproducción. Tristemente, ellos mismos eran agentes activos de la cruenta explotación a la que se sometían en su afán de abaratare frente al capital. Al reducir sus costos de mantenimiento cotidiano aumentaban sus ventajas frente a otros trabajadores. En tal sentido, señalan que era más conveniente alojarse en sus lugares de trabajo en zonas rurales, donde las rentas eran

comparativamente más bajas que en las ciudades, lo que les permitía ahorrar más. Esta ilusión compartida muestra la cara oculta del capital y su capacidad de enmascarar el hecho de que toda forma de explotación bajo el capitalismo conlleva que la reproducción de las clases trabajadoras sea siempre y necesariamente una (re)producción diferenciada y diferenciadora acorde con las necesidades de la acumulación (Bhattacharya, 2019).

Cuando el trabajo escaseaba en Texas, los sanpablitos aseguraban su permanencia en Estados Unidos y el envío de remesas a sus hogares desplazándose durante las temporadas de cosecha a Florida, Virginia y Carolina del Norte. El trabajo en la costa este, aunque reportaba ingresos por períodos cortos, era mejor remunerado que en Texas. Sin embargo, estos desplazamientos en las temporadas de alta demanda de cosechadores acarreaban el riesgo de perder el trabajo al regresar a Texas, entonces, muchos tenían que “volver a empezar”. En el testimonio de Raymundo Mendoza apreciamos la configuración de un *habitus* migratorio y una plena disponibilidad frente al capital, modelada a fuerza de ajustarse a las demandas del trabajo estacional y los bajos salarios. En el relato se expresa el afán de estos trabajadores de aprovechar al máximo la estadía en Estados Unidos y compensar la inversión que hacían para solventar el riesgoso cruce fronterizo. La hipermovilidad geográfica y la rotación entre un nicho laboral y otro configuraban sus subjetividades.

La primera vez que fui a Estados Unidos tenía 18 años, en 1981, mi hermano, que se fue en el 77, me invitó. Llegué a Rowlings, Wyoming, de ahí me bajé a Dallas, pero no me gustó porque esa ciudad y las rentas son muy caras, a mí me gusta el campo y en el año 90 me fui al Norte de Carolina. En el mes de julio empieza la pizca de tabaco y termina a finales de octubre. Cuando el trabajo de tabaco en Durham termina, voy a trabajar en el campo otra vez, al corte de pinos para las navidades, allá en Jefferson, rumbo a Boone, Carolina. Yo conozco todo tipo de trabajos. Desde que fui la primera vez a USA, trabajé en restaurantes, afuera, cercas, potreros, lecherías, granjas y del campo. Trabajé en Durham repartiendo refrescos y también en una compañía que hace puentes de madera, donde trabajan paisanos con los que he vivido. (Raymundo Mendoza, San Pablito Pahuatlán, julio de 2007).

Pensamos estos flujos migratorios acelerados como expresión de procesos que anidaron en distintas regiones de México con variada intensidad, en los que confluyeron factores que dieron origen a poblaciones relativamente excedentes (Marx, 2009), pero capaces de valorizar el capital en otras latitudes donde se flexibilizaron la producción y el trabajo en grado extremo, tal es el caso del Nuevo *New South*, una de las zonas más globalizadas del planeta durante los últimos treinta años del pasado siglo. Los migrantes sanpablitos integraron esas poblaciones relativamente excedentes, más particularmente de un segmento flotante (Marx, 2009) que oscilaba entre el empleo y el desempleo. En esta cohorte de migrantes campeaba la inestabilidad, condición que algunos superaron vía un anclaje más permanente al ser relanzados por una maquinaria que opera hasta hoy día en el estado de Texas, a la que han aludido otros autores al reflexionar sobre la funcionalidad de este estado fronterizo en el que se concentran y dispersan poblaciones hacia otras regiones de la unión americana (Izcara, 2010; García, 2008).

A lo largo de la década de los ochenta se consolidó la conexión de San Pablito Pahuatlán con la agroindustria del Nuevo *New South* y, años después, con la pujante industria de la construcción y los servicios. Durante ese periodo emergieron progresivamente agentes locales que, articulados con empleadores e intermediarios foráneos, facilitaron el enganche de fuerza de trabajo, el envío de remesas a sus familias y la circulación de bienes e información. Así, don Porfirio recuerda sus primeras incursiones a Texas, los avatares del cruce fronterizo y los abusos de coyotes y enganchadores.

En esos años [fines de los ochenta] se iba bastante gente, como unos cien. La primera vez que me fui para allá, llegué a Texas, pero ya me iba a regresar porque el compadre que me invitó no pagó mi *rate*. Entonces el pollero me quería traer otra vez aquí, a México. Había dos amigos allá y hablaron entre ellos y uno me prestó dinero. Me dijo: “pero te pido un favor, págame cuando empieces a trabajar”. Le dije: “no te preocupes, si encuentro trabajo te doy tu dinero”. Tardé diez días para conseguir trabajo. Había una persona allá que buscaba personal para trabajar en un rancho de lechería en Rose, Texas, pero tenía que pagarle, ese día le pague cien dólares. Duré ahí dos años, has-

ta que regresé [al pueblo]. (Don Porfirio, San Pablito Pahuatlán, octubre de 2008).

A medida que las políticas migratorias se iban haciendo más restrictivas, el pago a los coyotes y enganchadores y los riesgos del cruce de la frontera se incrementaron: en 1990, don Porfirio pagó 650 dólares, 700 en 1992 y en 2002 el pago fue de 1,400 dólares. Sólo de esa manera podría construir una casa propia para su familia en formación. Como en todos los pueblos que se han especializado en la provisión de fuerza de trabajo barata y dependen del envío de remesas, en San Pablito la migración al Nuevo *New South* introdujo giros dramáticos no solo en las vidas de los que iban y venían cada vez con mayor dificultad, sino también en las de quienes se quedaban en el pueblo.

“LUCHÉ POR MI FAMILIA, POR ESO ME LANCÉ PARA ALLÁ”

La migración de los otomíes de la Sierra Norte de Puebla a Estados Unidos emergió a finales de los años setenta, en el marco de la pérdida de sustentabilidad de la producción minifundista de caña de azúcar dada su imposibilidad de competir en un mercado dominado por la producción industrial azucarera, entonces en manos del Estado. Además, en esos años ya se avizoraban efectos funestos del progresivo abandono de políticas de bienestar que, en los años noventa, alcanzaron su cenit con la contrarreforma agraria que culminó con modificaciones sustanciales al artículo 27 constitucional, abriendo con ello la posibilidad de la enajenación de las tierras ejidales. Las políticas de bienestar -particularmente el indigenismo y la reforma agraria-, a juicio de Vázquez (2010: 93), habían retenido a las poblaciones indígenas “como población de reserva proletaria de la que de tiempo en tiempo procedían cuotas variables de trabajo asalariado”. A esas transformaciones deben sumarse otros factores que, en esa década, culminaron en el abandono de la función estatal de proveer servicios, una política agrícola supeditada por completo a las fuerzas del mercado abierto y una restricción generalizada del gasto social.

La avanzada desreguladora cobró expresiones particulares en el territorio nacional propiciando una diversificación de los flujos migratorios y su reorientación hacia nuevas regiones en Estados Unidos. De

acuerdo a Vázquez (2010: 130), se trataría de “una especie de mecanismo de sustitución de fuerza de trabajo que funciona como vasos comunicantes entre regiones”. En la zona de estudio identificamos dos factores claves que precipitaron la migración a Estados Unidos.

La “caficultura social” (Macip, 2005) había mitigado relativamente la debacle de la actividad agrícola¹¹ en el municipio de Pahuatlán. Gracias a la intervención del Instituto Mexicano del Café (INMECAFE) la producción del grano alcanzó un auge sin precedentes dominando la economía política municipal entre 1978 y 1989 bajo la cobertura de un “modelo corporativo mexicano de bienestar social” (Vázquez, 2010), que apuntaló la organización de la producción, el procesamiento y la comercialización del grano, concebido para incorporar a pequeños productores a una plataforma de exportación de café mediante créditos, refaccionamiento de huertas y asesoría técnica, entre otros mecanismos (Macip, 2005).

La especialización en el prometedor cultivo de la variedad de café robusta introducida en esos años, más rentable y resistente a contingencias sanitarias y climáticas tuvo, sin embargo, efectos contradictorios: por un lado, los beneficios de un esperanzador cultivo planetario que, en esa coyuntura, se convertía en una mercancía altamente demandada por consumidores no convencionales de la bebida estimulante (Roseberry, 1996; Wolf, 1982). El lado perverso, sobre todo para los productores minifundistas, los eslabones más débiles de la cadena, son los riesgos que entraña la dependencia a un cultivo en una región azotada por lluvias torrenciales en verano y heladas en invierno que suelen concentrarse en las temporadas que anteceden al corte de café. Además, se trata de una actividad altamente sensible a los vaivenes de los precios, impulsada en una zona de escasa vocación para un cultivo que, progresivamente, desplazó la producción de básicos y otros

¹¹ La población económicamente activa en el municipio de Pahuatlán ocupada en el sector primario disminuyó de 73 % en los años sesenta a 45.89 % en los setenta. En la década siguiente se observó una recuperación del sector primario en la zona. Posteriormente, se observa una tendencia a la baja que se mantuvo durante los siguientes decenios. En la primera década del presente siglo, solamente 41.6 % de la PEA se ocupaba en este sector. (INEGI 1972; 1982).

bienes orientados al pequeño comercio local y regional (Galinier, 1987).

La producción artesanal es otro de los puntales de la economía de San Pablito y es un factor fundamental a considerar en el entendimiento de la escalada de la migración a Texas. Desde los años sesenta, alentados por artistas y comerciantes locales y foráneos, muchos hogares de San Pablito se volcaron a la producción y comercialización de papel amate, antes empleado en la confección de objetos rituales (Christensen y Marti, 1998). Esta actividad pronto adquirió gran relevancia en la generación de ingresos de las familias. Tal centralidad fue potenciada por el Estado -protagonista clave de esta historia- que intervino con un renovado ímpetu nacionalista en la promoción de la figura del artesano mexicano, especialmente indígena, erigido como custodio de tradiciones ancestrales en el afán de mitigar los estragos de la debacle de la agricultura campesina y retener en las comunidades de manera selectiva a ciertos segmentos de la población rural -generalmente los viejos, las mujeres y los niños- de escasa importancia en la valorización del capital.

Tal como ocurrió en cientos de localidades indígenas del centro y sur del país, con el auspicio, primero del Instituto Nacional Indigenista (INI) y después del Fondo Nacional de las Artesanías (FONART), en los años setenta muchos hogares campesinos se transformaron en pequeñas unidades de producción y comercialización de artesanías (Cook y Binford, 1990; Novelo, 1976). Transcurrida una década, el apoyo estatal en San Pablito llegó a su fin. La drástica reducción de ingresos inyectó un nuevo aliento a la búsqueda de recursos fuera de la localidad, rompiendo las amarras que retienen a la gente en sus territorios. Desde entonces, remesas e ingresos obtenidos por la producción y comercialización de artesanías han sido el sustento fundamental de las economías de estos hogares (D'Aubeterre y Rivermar, 2014).¹²

¹² De acuerdo con la información proporcionada por el cuestionario aplicado a los estudiantes de secundaria y bachillerato de la localidad, del ciclo escolar 2007-2008, el ingreso primordial del 40 % de los hogares provenía de la producción y venta de artesanías; en el 25 % de los hogares, las remesas eran su principal ingreso; mientras que la producción agrícola era la fuente de ingresos de sólo 13% de los hogares.

La migración al norte desencadenó un giro en la vida de los pobladores de San Pablito y transformó el paisaje local y las relaciones familiares. En esos años muchas formaciones domésticas devinieron transitoria o permanentemente en hogares matrifocales, encabezados por mujeres, especializadas en la producción de papel amate. Remesas, ahorros y lo obtenido por la venta de esta mercancía ampliaron la base de la producción artesanal. También se destinaron a la construcción de viviendas de mampostería en los escarpados cerros, que desplazaron las moradas de carrizo y tablas que, a finales del siglo XIX, impresionaron a Frederick Starr (1995) en sus recorridos por esta parte de la Sierra captadas, tiempo después, en los años cuarenta, en las logradas fotografías de Bodil Christensen (Christensen y Martí, 1998).

Entre los pobladores, los recuerdos de la migración al Nuevo *New South* con frecuencia aluden a las sucesivas etapas de construcción de sus viviendas. En el siguiente relato se cruzan los recuerdos de Lupita y su marido Porfirio. Lupita es analfabeta y monolingüe en otomí;¹³ Porfirio apenas aprendió a leer durante los dos años que fue a la escuela. Se casaron cuando ella tenía 14 años y él 18; la pareja vivió cuatro años en casa de los suegros. Desde su niñez hasta los primeros años de vida conyugal, Porfirio se afanó en la parcela que su padre rentaba. Después, desprovisto de ese bien, tuvo que asegurar el consumo de su familia en expansión cultivando maíz y frijol en tierras prestadas. Les urgía tener una casa para alojarse con sus dos primeros hijos nacidos bajo el techo de los abuelos paternos. Lo que Porfirio logró ahorrar en los sucesivos años de trabajo en Texas apuntaló la edificación de una casa y, con ello, la independencia de sus padres, siempre añorada por las jóvenes parejas al inicio de la vida conyugal en estas comunidades con marcado sesgo patrilocal.

res. Crecientemente, en esos años las familias también dependían de los subsidios a la pobreza. La puesta en operación del Programa de Salud y Alimentación PROGRESA en 1997 colocó a San Pablito bajo las nuevas políticas sociales de corte neoliberal.

¹³ En la realización de esta entrevista contamos con la valiosa colaboración de una trahuctora originaria del lugar.

Lupita: Cuando nos corrieron mis suegros, mi marido se fue a trabajar a Estados Unidos para comprar este terreno para construir la casa. La primera vez que se fue, el señor se quedó allí año y medio y con eso compró este terreno. Después regresó a ver a la familia. En cuanto regresó a Estados Unidos juntó su dinero para construir la casa. Primero construimos la casa así, sin piso ni techo. Así la iba construyendo poco a poco, cada vez que venía.

Porfirio: Cuando me fui de aquí, en 1990, yo no tenía nada, nada. No había dónde vivir, por eso empecé a salir. Luché por mi familia, por eso me lancé para allá. Regresé en 1992 y empecé a construir mi casa. Como no la terminé me regresé a Estados Unidos el 18 de julio del mismo año de 1992 (Lupita y Porfirio, San Pablito Pahuatlán, septiembre de 2008).

“DEL LUGAR DE TRABAJO HACIA EL HOGAR, LAS ESCUELAS, LOS HOSPITALES...”

En el análisis de las experiencias de clase de estos trabajadores globales conviene desplazar la mirada de los sitios y factores estructurales de la producción -es decir, de las condiciones laborales y salariales en campos agrícolas, granjas y ranchos- hacia las condiciones de su reproducción social¹⁴ y la de sus familias, precondition de la explotación y la acumulación. Bhattacharya (2019) sostiene que de esta forma podemos ver emerger una miríada de relaciones sociales capilares que se extienden del lugar de trabajo hacia el hogar, las escuelas, los hospitales, es decir los variados circuitos de reproducción social. Como cualquier mercancía bajo el capitalismo, el valor de la fuerza de trabajo está determinado por el valor de los medios de subsistencia desplegados en su reproducción. Es sabido que ni el Estado ni los empleadores en los lugares de destino

¹⁴ Entre estas condiciones subrayamos, destacadamente, la actividad de producir personas en toda su complejidad. “Esta actividad no solo crea y sostiene la vida en sentido biológico; también crea y sostiene nuestra capacidad para trabajar -o lo que Marx llamó nuestra fuerza de trabajo-. Además, aquellos medios que modelan a las personas con las actitudes “rectas”, disposiciones y valores -habilidades, competencias y destrezas-. Es decir, sin ese trabajo de modelar personas, ni la fuerza de trabajo ni la vida misma podrían existir. [...] La organización de la reproducción social, como sabemos, descansa en el género.” (Arruzza *et al.*, 2019: 21-22. Traducción nuestra).

[...] asumen responsabilidades en la formación de estos trabajadores ni en su reproducción social, en tanto lo que importa es su capacidad para producir valor excedente, no importando las personas reales con familias, necesidades y expectativas que se extienden más allá de los campos agrícolas, la fábrica, las obras de construcción (Binford, 2013: 2. Traducción nuestra).

Antes orientadas a la producción de materias primas y bienes de subsistencia, cientos de comunidades rurales del centro y sur de México quedaron reducidas a lo que Sider (2006) llama “lugares remanentes” (*remnant places*), especializándose en la producción y exportación de jóvenes adultos y de su capacidad de trabajar para mitigar el colapso de sus condiciones de reproducción en el contexto del deterioro de la relación entre el costo social de producción de mercancías y el precio de su venta (Sider, 2006: 252).

Aunque vía la recepción de remesas estas comunidades pueden satisfacer necesidades básicas de una parte de la población, la reproducción de la comunidad en su totalidad resulta más incierta. Los pobladores asumen funciones que el Estado ha dejado de cumplir o, eventualmente, actores privados o de la llamada sociedad civil se hacen cargo de “tareas de salvamento”. Lo ahorrado por estos trabajadores, a costa de mal comer y medio dormir, no solo se orienta a la construcción de sus viviendas y la producción artesanal. Una parte importante se destina a la construcción y mantenimiento de obras públicas -clínicas de salud, escuelas, drenaje, agua potable, caminos-, como se ha documentado ampliamente en la literatura sobre la relación “virtuosa” migración/remesas y desarrollo que exalta la lealtad de estos trabajadores precarios con su terruño. Delgado y sus colegas (2009) han hecho una lectura crítica de esta romanizada interpretación. En realidad, la provisión de recursos, vía redes de apoyo familiar que cruzan fronteras, es otro de los mecanismos que, subsidiando la reproducción de una fuerza de trabajo barata, abona a la acumulación de capital (Cravey, 2003).

Transcurridos quince años de nuestras primeras incursiones de campo, podemos intentar un inventario de los saldos contradictorios de la migración otomí al Nuevo *New South*. Aunque comparativamente esta fuerza de trabajo migrante, absorbida por la agroindustria de ese

país, se reproduce a un más bajo costo que la de los trabajadores nativos o los allí residentes (Cravey, 2003), el valor de los medios de subsistencia y el trabajo de cuidado desplegados por la comunidad de origen y las familias para la reproducción de estos trabajadores se ha incrementado en las últimas décadas. Este proceso suele enmascarse en tanto los análisis no identifican el trabajo, mayoritariamente femenino, que subyace a esa reproducción y los medios aplicados en ella (Fraser, 2020).

Don Porfirio, como ya se ha dicho antes, partió a Texas con la educación primaria inconclusa, igual que la mayoría de los hombres de la primera cohorte de migrantes. En cambio, quienes integran las generaciones más recientes incorporadas a estos flujos cuentan con mayores grados de escolaridad. Entre los años 80 y 90 se instalaron en San Pablito dos nuevos planteles educativos, la telesecundaria y el bachillerato, lo que en los hechos demandó de las familias destinar mayores recursos y trabajo de cuidado en la reproducción de los futuros trabajadores globales. El testimonio de la directora del Bachillerato de San Pablito ilustra esta paradójica situación. La profesora titubea al referirse a los efectos de la migración en los hogares de sus alumnos. Además de los consabidos prejuicios sobre el deterioro moral de los jóvenes que abandonan sus estudios para cruzar la frontera y la erosión de la autoridad paterna en los hogares, aporta información significativa sobre las transiciones habidas en los perfiles escolares de estos trabajadores. El testimonio permite apreciar también cómo hogares y escuelas hacen parte, articuladamente, de los circuitos de reproducción social.

El bachillerato se fundó en 1998. Ya hemos avanzado, porque prácticamente no teníamos nada. Trabajábamos en unas instalaciones prestadas. Este terreno es de nosotros, lo compró la comunidad para la escuela. Las tres aulas las hicieron en varias etapas tres presidentes municipales. El anexo de la dirección y la cancha de básquet se hizo con cooperación de los padres y el cercado con apoyo del municipio.

La migración a Estados Unidos nos afecta mucho porque los muchachos se van, sobre todo [cuando terminan] la secundaria. Por ejemplo, salen de la secundaria 45 y al bachillerato entran 35. Son hombres los que se van, las mujeres es muy raro que se vayan, por eso la mayoría

del alumnado son mujeres. Pero las remesas sí benefician en parte a la escuela. Si pedimos alguna cooperación, nunca ponen un peso. Tienen un uniforme muy caro, que vale 450 pesos, pero los padres lo pagan. La cooperación que se paga al año es de 650 pesos, aunque unos pagan primero y otros después, la mayoría paga. Ahí se refleja que hay solvencia económica y realmente lo vemos. Sus viviendas ya mejoraron y también les mandan [de Estados Unidos] los mismos familiares cosas que los muchachos quieren que les traigan [zapatos deportivos, celulares, *tablets*, ropa, mochilas, juguetes]. (Griselda, San Pablito Pahuatlán, octubre de 2008).

Si seguimos el testimonio de la maestra, caemos en la cuenta de que tuvieron que pasar nueve años para que sucesivos gobiernos municipales aportaran a la construcción de tres modestas aulas en las que los más afortunados podrán culminar su educación media superior, con el respaldo de padres y hermanos mayores proveedores de remesas y madres entregadas a sus cuidados y a la elaboración de papel amate. Situarnos en la escuela, ámbito de la reproducción social al igual que los hogares, fue clave para entender la producción de nuevas generaciones de trabajadores y la reposición de los existentes, precondition para la acumulación de plusvalor y el funcionamiento del capitalismo (Fraser, 2020). Denominada “[...] como ‘cuidado’, ‘trabajo afectivo’ o ‘subjektivación’, esta actividad forma a los sujetos sociales del capitalismo sosteniéndolos como seres naturales personificados, al tiempo que los constituye en seres sociales, formando su *habitus* y la sustancia socioética [...] en la que se mueven” (Fraser, 2020: 21). Es una apuesta riesgosa para estas localidades quedar atrapadas en el laberinto de la (re)producción de trabajadores globales con la esperanza de remontar los embates de políticas privatizadoras que dejaron en el abandono a estas poblaciones, después cínicamente exaltadas como “héroes nacionales”.

CONCLUSIONES

Al igual que la reflexión de Sidney Mintz (2017) formulada en un artículo póstumo, plasmada en el epígrafe con el que iniciamos este artículo, consideramos que es prácticamente imposible estudiar en la actualidad la producción y el consumo de alimentos en cualquier parte del mundo sin tomar en cuenta la naturaleza del capital y del mer-

cado y de factores claves de la producción tales como el trabajo y la manera cómo se entretajan con el papel del Estado en la economía. Desde luego aquí no abarcamos todas estas dimensiones, nos hemos acercado tan solo a algunos de los escenarios en que se moldean las experiencias de clase de trabajadores migrantes indocumentados del centro de México, que fueron imprescindibles para el reposicionamiento del Nuevo *New South* en la economía global. Estos trabajadores forman parte de un nuevo proletariado que se configuró a medida que se desmantelaban añejas formaciones de clase en esa reconvertida zona.

Nuestro propósito ha sido develar la oscilante relación de poblaciones excedentes del centro de México con el capital, inscritas en nuevas formas de dominación sobre el trabajo. Texas fue la antesala que condujo a los trabajadores otomíes hacia el Nuevo *New South*. En ranchos y granjas texanas se moldearon las experiencias de clase de los pioneros de un flujo migratorio emergente a finales de los años setenta. Quisimos desentrañar cómo fuerzas estructurales -tanto en los lugares de la producción y del cruce fronterizo, como en las localidades de origen- se filtran al nivel de la vida cotidiana de los que migraron a Texas y de quienes permanecieron en el lugar. La observación etnográfica situada exclusivamente en el lugar de producción y el imperativo del “presente etnográfico” limitan la identificación de fuerzas estructurales, voluntades y conexiones entre territorios distantes y desiguales que se han sedimentado en las últimas cuatro décadas en la Sierra Norte de Puebla.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arruza, C., Bhattacharya, T. y Fraser, N. (2019). *Feminism for the 99 Percent. A Manifesto*. London, New York: Verso.
- Besserer, F. (1999). Lugares paradójicos de la Mixteca. *Alteridades* 9, (17): 29-42.
- Bhattacharya, T. (2019). From the production of value to the valuing of re-production. En P. Osborne, E. Alliez y E. John (eds). *Capitalism: Concept, idea, image. Aspects of Marx's capital today* (pp. 105-120). London: Centre for Research in Modern European Philosophy.

- Binford, L. (2013). *Tomorrow we're all going to the harvest. Temporary foreign worker programs and neoliberal political economy*. Texas: University of Texas Press.
- Binford, L. (2003). Migración acelerada entre Puebla y Estados Unidos. En E. Masferrer y J. Mondragón (comps.). *Etnografía del estado de Puebla, Puebla centro* (pp. 58–67). México: Gobierno del estado de Puebla, Secretaría de Cultura del estado de Puebla.
- Bueno Castellanos, C. (1994). *Flor de andamio. Los oficios de la construcción de vivienda en la Ciudad de México*. México: CIESAS.
- Bourgois, P. y Schonberg, J. (2009). *Righteous dopefiend*. Berkeley: University of California Press. California Series in Public Anthropology.
- Calderón, G. y Ramírez, B. (2002). De campesino yuntero a jornalero: neoliberalismo y 'desarrollo' en el campo mexicano. En J. A. Segrelles (coord.). *Agricultura y espacio rural en Latinoamérica y España. Posibilidades, riesgos ante la mundialización de la economía* (pp. 269-321). Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Carrier, J.G. (2015). The concept of class. En J. G. Carrier y D. Kalb (eds). *Anthropologies of class: Power, practice, and inequality*, (pp. 28-40). Cambridge: Cambridge University Press.
- Christensen, B.y Marti, S. (1998). *Witchcraft and Pre-columbian Paper/Brujería y papel pre-colombino*. México: Editorial Euroamericana.
- Cook, S. y Binford, L. (1990). *Obliging need: Rural petty industry in Mexican capitalism*. Austin: University of Texas Press.
- Cravey, A. J. (2003). Toque una Ranchera, por favor. *Antipode* 35 (3): 603–621.
- D'Aubeterre Buznego, M. E., Lee, A. E. y Rivermar Pérez, M. L. (2021). *Class, Gender and Migration. Return Flows between Mexico and the United States in Times of Crisis*. UK: Routledge Books.
- D'Aubeterre Buznego, M. E. y Rivermar Pérez, M. L. (2014). From Amate Paper Making to Global Work. *Latin American Perspectives* 41 (3): 118-136.
- Delgado Wise, R., Márquez Covarrubias, H. y Rodríguez Ramírez, H. (2009). Seis tesis para desmitificar el nexó entre migración y desarrollo. *Migración y Desarrollo*, 12: 27–32.
- Dow, J. W. (1974). *Santos y supervivencias. Funciones de la religión en una comunidad otomí, México*. México: INI, SEP.

- Durand, J. y Massey, D. (2003). *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa, librero-editor.
- Escárcega, S. y Varese, S. (2004). *La Ruta Mixteca*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fox, J. y Rivera Salgado, G. (2004). *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: H. Cámara de Diputados-LIX Legislatura, Universidad de California-Santa Cruz, Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa, librero-editor.
- Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Madrid: Traficante de sueños.
- Galinier, J. (1987). *Pueblos de la Sierra Madre. Etnografía de la comunidad otomí*. México: INI.
- García O., M. (2008). Nahuas en Estados Unidos. "Capitales migratorias" de una región indígena del sur de México. En E. Levine (ed.). *La migración y los Latinos en Estados Unidos. Visiones y Conexiones* (pp. 75-91). México: CISAN, UNAM.
- Griffith, D. (2008). New Midwesterners, New Southerners. Immigration Experiences for Rural American Settings. En Hirschman, C., y Massey, D. S. (edit.). *New Faces in Places: The Changing Geography of American Immigration* (pp. 179-210). USA: Russell Sage Foundation.
- Harvey, D. (1989). *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*. Oxford: Blackwell.
- Harvey, D. (2003). *The new imperialism*. Oxford: Oxford University Press.
- Heyman, J. McC. (1995). Putting power in the anthropology of bureaucracy: The immigration and naturalization service at the Mexico–United States border. *Current Anthropology* 36 (2): 261–287.
- Hirschman, C. y Massey, D. S. (2008). Places and peoples: The new American mosaic. D. Massey (editor) *New Faces in Places: The Changing Geography of American Immigration* (pp. 1–22). USA: Russell Sage Foundation
- INEGI. (1972). *IX Censo General de Población 1970. Tabulados Básicos*. México: INEGI.
- INEGI. (1982). *X Censo General de Población 1980. Tabulados Básicos*. México: INEGI.

- Izcara Palacios, S. P. (2010). La adicción a la mano de obra ilegal: Jornaleros tamaulipecos en Estados Unidos. *Latin American Research Review* 45 (1): 55–75.
- Kalb, D. (2015). Introduction: Class and the new anthropological holism. En J. G. Carrier y D. Kalb (eds). *Anthropologies of class: Power, practice, and inequality* (pp. 1–27). Cambridge: Cambridge University Press.
- Kearney, M. (2000). La comunidad rural oaxaqueña y la migración: más allá de las políticas agraria e indígena. *Cuadernos Agrarios* (19-20): 11-23.
- Lara, S. M. y Carton de Grammont, H. (2003). *Jornaleros agrícolas y migración temporal en los campos hortícolas*. México: UNAM.
- Macías, S. y Herrera, F. (1997). *Migración laboral internacional*. México: BUAP.
- Macip Ríos, R. F. (2005). *Somos un país de peones: Café, crisis y estado neoliberal en el centro de Veracruz*. México: BUAP.
- Marx, K. (2009). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mestries Benquet, F. (2006). Entre migración internacional y la diversificación de cultivos. Los pequeños productores de café en Veracruz. *Sociológica* 21 (60): 75-108.
- Mintz, S. W. (2017). Devouring Objects of Study. Food and Fieldwork. En J. Shaffner y H. Wardle (comps.), *Cosmopolitics: The Collected Paper of the Open Anthropology Cooperative*, V I. 1 pp. 123-139). Scotland, UK: Open Anthropology Cooperative Press.
- Mohl, R. A. (2003). Globalization, Latinization and the Nuevo New South. *Journal of American Ethnic History* 22 (4): 31–66.
- Myhre, D. (1998). The Achilles' Heel of the reforms: The rural finance system. En Cornelius, W. A. y Myhre, D. (eds.). *The Transformation of Rural Mexico: Reforming the Ejido Sector* (pp. 39–65). La Jolla, CA: Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD.
- Novelo, V. (1976). *Artesanías y capitalismo en México*. México: CISINAH, INAH, SEP.
- Otero, G. (2011). Neoliberal globalization, NAFTA, and migration: Mexico's loss of food and labor sovereignty. *Journal of Poverty* 15 (4): 384–402.

- París Pombo, María D. (2014). Breaking spiral of violence: Politics and migration in the lower Triqui region. *Latin American Perspectives*, issue 193, 41 (3): 137-153.
- Popke, J. (2011). Latino migration and neoliberalism in the South: Notes toward a rural cosmopolitanism. *Southeastern Geographer* 51 (2): 242-259.
- Rivera Sánchez, L. (2012). *Vínculos y prácticas de interconexión en un circuito migratorio entre México y Nueva York*, Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Roseberry, W. (1996). The Rise of Yuppie Coffees and the Reimagining of Class in the United States. *American Anthropologist*, New Series 98: 762-775.
- Roseberry, W. (1991). Los campesinos y el mundo. En S. Plattner (ed.). *Antropología económica* (pp. 154-176). México: CONACULTA.
- Rubio, B. (2015). *La soberanía alimentaria en México: una asignatura pendiente*. *Mundo Siglo XXI*, revista del CIECAS-IPN X (36): 55-70
- Rus, D. L. y Rus, J. (2014). Trapped Behind the Lines: The Impact of Undocumented Migration, Debt, and Recession on a Tsotsil Community of Chiapas, México, 2002-2012. *Latin American Perspectives*, issue 193 41 (3): 154-177.
- Sánchez Gómez, M. J. (2008). Procesos de identidad en diferentes contextos de destino. Oaxaqueños en Napa y Sonoma y en Los Ángeles California. En E. Levine (ed.). *La migración y los latinos en los Estados Unidos. Visiones y conexiones* (pp. 29-51). México: CISAN, UNAM.
- Sánchez Saldaña, K. (2008). Cosechas y peones en Morelos: especialización y segmentación en los mercados de trabajo rural. *Análisis Económico XXIII*, (53): 201-225.
- Secretaría de Desarrollo Social. (2019). *Catálogo de Localidades*. México: SEDESOL.
- Sider, G. (2006). The production of race, locality, and state: An anthropology. *Anthropologica*, 48(2), 247-263.
- Smith, Gavin A. (1999). *Confronting the present: Towards a politically engaged anthropology*. Oxford: Berg.
- Smith, R.C. (2006). *Mexican New York: Transnational Worlds of New Immigrants*. California: University of California Press.
- Starr, F. (1995). *En el México indio*. México: CONACULTA.

- Stephen, L. (2007). Globalización, el Estado y la creación de trabajadores indígenas "flexibles": trabajadores agrícolas mixtecos en Oregon. *Relaciones*, *xxiii* (90): 87-114.
- Vázquez León, L. (2010). *Multitud y distopía. Ensayos sobre la nueva condición étnica en Michoacán*. México: UNAM.
- Velasco Ortiz, L. (2014). Transnational Ethnic Processes: Indigenous Mexican migrations to the United States. *Latin American Perspectives*, *issue 193*, *41* (3): 54-74.
- Wolf, E. R. (1982). *Europe and the people without history*. Berkeley: University of California Press.
- Zlolnisky, C. (2016). Sistemas de intermediación laboral en una región agro-exportadora del noroeste mexicano. *Eutopía. Revista de Desarrollo Económico Territorial* (9): 101-112.